

Rosa Méndez

Amalia se hizo el encontradizo con Rosa para recriminarle su aptitud con frialdad. No sé de qué os lamentáis, hija, le decía. Vosotras mismas habéis tenido la culpa de que Don Valeriano se hastiara de almacén y os pusiera de patitas en la calle. Los hombres son los hombres y tú no vas a arreglar el mundo. Además, tanto ponerle contra las cuerdas ... Ya se sabe, de aquellos polvos estos lodos.

Rosa tomó una bocanada de aire fresco, que llevó al fondo de sus pulmones, se desahogó gesticulando con los brazos y mordiéndose la ira clavó los ojos en su suegra. Creo haberle dicho una y mil veces, le replicó, que no comprende los problemas, que hemos vivido en el almacén, ni las decisiones para defender nuestra honestidad, libertad y la justicia, que las mujeres nos merecemos. Tal vez sea un signo de nuestra generación.

Rosa Méndez había trabajado siete años en el almacén de frutas Valeriano Sánchez de Murcia. Desde el primer al último día ocupó el puesto de operaria en la cadena de selección, limpieza, clasificación y empaquetado de frutas. La jornada de ocho horas de pie y los embarazos de sus dos hijos le habían estigmatizado las piernas con varices, que asemejaban rizomas de rosal. De igual modo, desde sus primeras elecciones sindicales hasta su cierre fue Delegada Sindical, la puerta, a la que todas sus compañeras y compañeros llamaban para arreglar asuntos y enderezar entuertos. Las tensiones con Don Valeriano fueron en aumento, consecuencia de su actitud cerril a mejorar las condiciones sanitarias, porque le recortaban beneficios, y de sus manos largas, que se le iban a las nalgas de sus empleadas. Rosa era la única, que le plantaba cara con decisión. Pero la causa del cierre del almacén se debía a un enfrentamiento generalizado e irreconciliable entre dos sectores. Por un lado, el de hombres, vertebrados en torno a Don Valeriano, y por otro, el de mujeres con Rosa a la cabeza. El detonante fue la agresión de Félix, el encargado, a Gema. En el receso del bocadillo Gema fue al aseo. Félix, atento a sus movimientos, dando un rodeo la abordó en el aseo. En el silencio de la inactividad mecánica, los gritos de Gema alertaron a las mujeres.

Rosa se dirigió corriendo al aseo. Sorprendió al encargado por la espalda, alargó su mano por el arco genital y le asió con fuerza de los testículos, inmovilizándole. ¿Quién te has creído que eres, miserable?, gritaba. Que fuera tu novia hace años no te da derecho a pasar por encima de su voluntad. ¿Cuándo te vas a enterar que el amor entre las personas no se rige por la ley del más fuerte, sino por el mutuo consentimiento?

A Don Valeriano se le pusieron en el galillo. Por favor, Rosa, tengamos la fiesta en paz. Os prometo que no volverá a suceder, le dijo con la boca pequeña. Te ruego aflojes tu cepo y sueltes a Félix. El ataque a su encargado se le antojaba insostenible. Las mujeres habían llegado demasiado lejos y el descrédito trascendió el almacén. Alertó a sus clientes para que ralentizaran los pedidos y lo cerró por inactividad.

Amalia seguía culpándole su actuación en el almacén y que no se le hubiera ocurrido mejor idea con aquel panorama que quedarse embarazada. Le conminaba a abortar.

Rosa reventó. Mire, por una parte, en el almacén hice lo que mi conciencia me

pedía hacer. Las mujeres y los compañeros se lo merecían. A Don Valeriano le mantuve a raya y al encargado ..., al encargado no se le va a olvidar la corbata que le puso en los mismísimos una mujer. Por otra parte, no me gustan en la mujer las luchas estériles y la sumisión, porque no tiene motivos para envidiar, enaltecer o humillar al hombre. Es un error. Somos personas diferentes, complementarias e iguales en derechos y obligaciones.

Mientras hablaba la criatura se movía en su vientre. Tomó de nuevo otra profunda bocanada de aire fresco y mirándola le hizo llegar la serena brisa de su alma. Y en cuanto a la hija que espero, Amalia, le pido que entienda la maravilla que le voy a decir. Percibo que la maternidad es la faceta más grande del ser humano. Me siento la palanca de la evolución, las manos de Dios, física y afectivamente. ¡Dando la vida a mi hija, claro está!

Murcia, abril 2012

César Herrero Hernansanz